

cláusulas automáticas se debió a que por su parte hicieron concesiones de otro tipo a las empresas o se renunciaron a otros puntos de sus tablas reivindicativas. Por ejemplo, se aceptaba que el convenio tuviera una duración de dos años; se comprometían a unos determinados aumentos de la productividad o se cedían en peticiones sociales o económicas de otra índole. Es decir, se trataba de cláusulas pactadas y en todo acuerdo se hacen concesiones mutuas. ¿Qué ocurre ahora con esas contrapartidas que beneficiaban a los empresarios o con aquellas reivindicaciones que se sacrificaron en aras de un mayor salario o de la simple garantía de que éste no perdería capacidad adquisitiva al año siguiente? De otro lado, no parece que los elementos positivos que contiene el acuerdo puedan aplicarse con efectos "retroactivos", pues ya será bastante, por lo que estamos viendo, que se apliquen lisa y llanamente. Tampoco está claro que en otros sectores sociales vaya a ocurrir lo mismo que a los trabajadores, es decir, que

tengan que renunciar a posiciones que ya fueron conquistadas con anterioridad.

El tema, pues, de la interpretación y aplicación de los acuerdos de la Moncloa es de una considerable envergadura, incluso mayor que el de su propia elaboración o plasmación en un papel. Es cierto, por muchas vueltas que se le dé, que si esas cláusulas automáticas entran en funcionamiento, una amplia zona de los salarios subirán por encima de lo acordado entre el Gobierno y los partidos, pues se situarían alrededor de un 27 a un 32 por 100, con la particularidad de que mientras unos trabajadores verían crecidos sus emolumentos en dicha proporción otros tendrían que quedarse en los topes establecidos. O de lo contrario saltarían todos los topes y el pacto se iría al infierno con las consecuencias económicas y políticas que ello traería consigo. El problema es, por lo tanto, de una evidente complejidad y cualquier tratamiento simplista del mismo podría conducir a resultados negativos e incluso peligrosos. ■



Marcelino Camacho y Nicolás Redondo, durante su polémico enfrentamiento en RTVE. En el centro, Federico Ysart, un moderador que no lo fue.

El match Camacho-Redondo

COMO Perico Fernández y el chino, como Dum-Dum Pacheco y Tony Ortiz, los señores Camacho y Redondo (CC. OO. y UGT, respectivamente) se agredieron verbalmente en televisión a propósito de las elecciones sindicales. Fue un debate laborioso, aplazado varias veces, presentado de pronto. Y en mala hora. En la hora en todos los sentidos. El "moderador", señor Ysart, fue más bien un azuzador. Todo estaba dispuesto, incluso el escenario —una mesa demasiado larga, y un contendiente en cada extremo—, para dar la impresión de rivalidad. El "cara a cara", por su propia concepción, excluía a otras centrales sindicales, sin duda minoritarias. Pero, ¿tienen o no derecho las minorías a ser escuchadas? Por lo menos, a no ser vapuleadas, minimizadas y despreciadas, como hicieron los peleones. Todo podía hacer pensar en una manipulación, excepto un hecho: los dos representantes son adultos, tienen larga y dramática experiencia, dependen de unas organizaciones sindicales serias y, sin

embargo, se prestaron al espectáculo. Lo animaron con entusiasmo. Y con satisfacción. Dicen las crónicas que, al final, se reunieron los tres personajes en torno a unas copas y se declararon satisfechos con lo conseguido. En un mitin posterior, el señor Camacho ha explicado: "Gané yo". Ganaron, en realidad, las patronales y los verticalistas, como consecuencia de un espectáculo que ha sido calificado por las organizaciones sindicales excluidas como "bochornoso". Sin duda, se dijeron por las dos partes cosas interesantes (puede recomendarse la lectura del debate íntegro en varias páginas de "Pueblo", 18 de noviembre), pero fueron ahogadas por interrupciones, agresiones verbales, discusiones. Mientras, en los Estados Unidos —en un "ring" extranjero—, don Felipe González y don Santiago Carrillo continuaban su vieja disputa personal en tono levantisco y agresivo. Quizá sea positivo a la larga, para clasificar posiciones. Por ahora, es una desastrosa imagen de la izquierda española. ■

La Capilla siXtina

DEFENSA E ILUSTRACION DE LA LENGUA

LAS celebraciones del milenario de la lengua castellana escritas han tenido un tono recoleto y erudito, alejadtísimo sin ninguna duda del tono triunfalista que les hubiera dado el franquismo de haber vivido para orquestarlas. Un servidor es un profesional de la lengua, en el mejor sentido de la expresión, y ha agradecido esta operación rescate. Durante toda mi vida he tenido la impresión de que el castellano era una lengua imperialista y autoritaria porque se había convertido en un instrumento de usurpación y alienación de la identidad de otros pueblos. El franquismo consiguió convertir la lengua en una herramienta de ocupación de las conciencias. Lengua para prohibir, para condenar a muerte, para mentir, para falsificar la memoria colectiva.

Y tanto fue así que llegamos a olvidar que frente a esta manipulación, el castellano también era una herramienta al servicio de la resistencia democrática. En castellano daban vivas a la libertad muchos de los que morían fusilados, en castellano se identificaban los resistentes en las catacumbas, en castellano se guardaban recuerdos y esperanzas de emancipación, en castellano se solidarizaban miles y miles de emigrantes con la reivindicación nacional de Catalunya y Euskadi, en castellano escribió el Txiki su último verso minutos antes de ser fusilado en castellano. Algún día, cuando las naciones oprimidas por el imperialismo del Estado español centralista recuperen plenamente su identidad, el castellano alcanzará la libertad y buena conciencia de toda lengua que no es víctima ni verdugo. Sospecho que esa lengua libre y feliz del futuro será algo más blanda que el modelo oficial actual. Se parecerá más al andaluz, al canario o al mexicano que a ese castellano parapetado en vocales acastilladas, zetas de abordaje y erres de arrastre que utilizaron y utilizan los que le dieron sello poético-imperial. Que nunca más vuelva a ser idioma para discursos trascendentales ni para primer o último parte de guerra.

Es urgente que el castellano alcance condiciones de normalización, que deje de ser lengua de víctimas y verdugos y consiga eficacia de lengua libre manejada por un pueblo libre. Hasta la literatura parece paralizada a la espera del definitivo toque de resurrección. Siempre fue la lengua compañera del Imperio, escribió Nebrija creyendo que era cosa de repetir al pie de la letra y al pie de la lengua la experiencia del Imperio romano. Hoy habría que decir: siempre fue la lengua compañera de la lucha contra el imperialismo, y a ver qué cara pondría el alienado Nebrija. De susto, supongo. ¿Qué miedo han tenido siempre los intelectuales de este país! ¿Qué conciencia profunda de que las palabras siempre han sido rigurosamente vigiladas y administradas por la reacción!

"España, Una, Grande y Libre

Me casó mi madre con un muchachito que yo no quería
Por el imperio hacia Dios

Hermana Marica, mañana que es fiesta no iré yo al
[colegio ni irás tú a costura

Por la Patria el Pan y la Justicia

Si me quieres escribir ya sabes mi paradero"

Tremenda pugna interna la de nuestra lengua. Siempre escondiendo el sentido progresivo de cosas, hechos y personas. Siempre enseñando el plumero de sus propios guardianes.

Y aún lo que queda por hacer para liberarla. ■

SIXTO CAMARA